

¿Quién eres?

*A veces, para que la lengua se mueva libremente,
es necesario perder los dientes.*

Félix Cortez Camarillo.

El dinero se me terminó está pelón jalar en la calle y más pelón se puso cuando llegaron los payasitos y el tragafuegos me preguntaron que cómo me llamaba pero yo no tengo nombre todos me dicen "El Manco" así me bautizó mi jefe -pinche viejo briago- cuando me cortó esta mano dizque porque los zurdos son del diablo eso decía el muy cabrón pero ni madres yo digo que fue porque no le llevé la feria p'al chupe no les contesté porque "el zancas" me gritó desde l'otro lado: "órale güey, aquí s'ta uno" limpiar carros ha sido mi jale desde que tenía diez años hace como dos meses que me puse a chambear en Bernardo y Fidel luego hay veces que llega "la ley" y nos quiere cargar pero nel nos desafanamos luego luego esos güeyes nomás quieren pa' la papa pero luego hay veces que sí te quitan toda la lana y te dejan sin tragar desde que me junto con "el zancas" todo sale bien ese güey sí sabe de esas cosas él tiene como quince años y dice que jala allí desde los nueve no además es amigo de un tira y le hace la pala a ese güey ni lo tocan ni maíz que yo me fuera de allí luego salen chambitas de las buenas ya sabes tumbar llantas estereos o apañar a los güeyes que pasan en la noche yo nomás les echo aguas pero me dan una buena feria luego me compro unos tramos allá en Reforma a veces me pasan tenis de los que apañan una vez me dieron unos nike pero a los tres días ya me andaba de hambre y se los tuve que vender al "moy" un güey de la colonia que vende cosas usadas ¿mi casa? es un pinche tejaban allá en la Alianza nel mi jefe me la dejó lo mataron unos batos de la provi un día que se puso una peda con ellos a mí me dijo una vecina que oyó en la tele que nomás porque "los rayados" le habían ganado a "los tigres" yo por eso le voy al "américa" cámara a mí nomás me cargaron porque me vieron sucio yo ni robé el camión fueron "el pecas" y "el rata" sí dos güeyes que

trabajan en Rodrigo pero "la ley" levantó a todo el güey que se encontró dizque el mero dueño de la ruta es un bato bien picudo y por eso nos apañaron a todos desde el viernes nos tienen aquí en el bote con unos batos ya bien peludos yo nomás tengo doce nos dijeron que ora si nos chingamos pero ni madres nos vamos a escapar va a todo esto oye güey y tú ¿cómo te llamas?

Una heroína

Una tenue luz iluminará la habitación, entre restos de velas, papitas tiradas y sábanas de seda con quemaduras de cigarro, encontrarás la figura de aquella que trastornó el mundo con el manantial de sus caderas. Hablarás antes con Rita, su sobrina, pedirás una cita, previamente entregarás tu lista de preguntas, "nada de la vida personal, sólo del trabajo". Observas una y otra vez la película que la convirtió en estrella: "*Las ficheras en el espacio*", la ciencia-ficción mexicana siempre te ha gustado, soñabas con ser "Mariamna", la mujer fatal que vio el rostro del "Santo" mucho antes que aquella mujer vampiro, ella la encarnó y desde entonces se convirtió en tu actriz favorita. Recuerdas que lloraste más de tres horas para lograr que tu padre te llevara al teatro a ver: "*Mariamna contra los chamacos diabólicos*". Mariamna, luciendo una gran capa dorada con figuritas de bisutería que simulaban ser piedras preciosas, luchaba con las fuerzas del bien contra dos enanos y cuatro figuras de cartón que pretendían ser los otros ocho chamacos, todos bajo las ordenes del profesor "Z". Embelesada con el sonido de la pistola con la que Mariamna hacía estallar la cabezota de los enanos, no te diste cuenta que sólo dos chamacos eran reales y que el galán de Mariamna, Rigoberto Suárez, tenía la cara cubierta de granos por lo que ella hacía gestos cada vez que la besaba.

Hoy planeas la entrevista para mañana, Mariamna será el tema central de tu tesis para titularte en ciencias de la comunicación. Las más de treinta películas que protagonizó son un *corpus* bastante nutrido como para que, bien investigado, tú te recibas con honores. Pero a ti te interesa conocerla, platicar con ella de ella, por eso no te importó pagar mil quinientos pesos a cambio de hablar media hora sobre la mujer tras los labios carnosos, desobedeciendo las ordenes de Rita, mil quinientos pesos a cambio de hablar con la formidable Sara Rivadeneira, mejor conocida en el mundo del espectáculo como "Mariamna, la diosa de la rumba".

Descubres, al entrar, un cuadro con su rostro y otro más donde aparece portando su traje —si es que le puedes llamar traje al minibra y a la tanga de hilo dental, demasiado sugerente para la época en que Tongolele no mostraba más de lo aceptado por las buenas conciencias— de rumbera, el mismo que usó en *“La rumba es mi religión”*. Un ligero olor a orines penetra en tu nariz y diez ojos se quedan fijos en tu rostro, son los cinco hijos de Sara, tú sabes mejor que nadie quién es el padre de cada uno, pero eso no te importa por ahora, además, recuerdas las palabras de Rita: “nada de la vida personal, sólo del trabajo”.

28 Cuando entras en la habitación oscura, el tufo a orines es mayor, te hace girar la cabeza y te revuelve el estómago, te sobrepones y te internas en la negra selva de recuerdos. Una mujer, grande y blanca como la leche, te observa; descubres que ahora Sara es cinco veces *“Mariamna”*, no reconoces, envuelta en esa bata, a la otrora jefa de *“La banda de las rumberas”*, sin embargo, sus ojos siguen siendo el par de teas que idiotizaban a los hombres mientras sus caderas se movían al ritmo de los tambores.

Saludas tímidamente y una voz entrecortada te responde, te exige otros doscientos pesos pues se ha quedado sin cigarros y no puede contestar nada si su boca no exhala bocanadas de humo. Tu economía se resentirá, pero es más grande tu deseo de platicar con Sara, mucho más grande incluso que obtener el título. Es el momento de preguntar sobre el oscuro pasado, el momento donde se funden Mariamna y Sara, Sara y Mariamna, asientes y depositas un billete en la mano de Rita, la eterna guardiana que bajará la guardia lo suficiente para que tú compruebes la hipótesis central de tu tesis: Rodrigo Zavala, el único con el que no se le vinculó sentimentalmente, el único con el que nunca se le vio de la mano, fue el verdadero amor de Mariamna, el verdadero amor de Sara. Comienzas tu entrevista y de pronto sientes una mano alrededor de tu cuello, quieres gritar; una voz, la misma voz entrecortada que te exigió el dinero para los cigarros, te dice que no puedes hacer nada, que estás perdida en tu afán de saber más de lo

que un simple mortal puede saber sobre su dios. Tú recuerdas el relato de aquel ciego escritor argentino que vivía entre laberintos y espejos, aquel que un profesor te hizo leer en clase de semiótica, te armas de valor y le gritas a todo pulmón: *“sí sí puedë, y lo haces.*

Son las diez de la mañana. Recorres las calles del viejo barrio y te detienes ante una casa gris, tan gris como tu sueño, tocas cuatro veces, una chica abre y se presenta, su nombre: *“Rita, sobrina de doña Sara”*, es la misma que atendió tu llamada, la que te exigió que no preguntaras *“nada de la vida personal, sólo del trabajo”*, de sus labios salen diez téticas palabras:

“Pasa, mi tía te está esperando... se quedó sin cigarros”

El fulano

Acuérdate

Juan Rulfo

Yo sé que no te lo contaron, pero por ésta que escuchaste cuando se rompieron los vidrios del cuarto de Miguel, o cuando se cayó el bote con las canicas que guardaba como recuerdo de cuando fue chamaco y le dieron las punzadas en el corazón, o de perdido oíste el portazo, debes haberlo sentido, ¿apoco no viste salir corriendo a Jacinta y tras de ella aquel hombre con cara de olvido?

¿Te acuerdas de aquel tipo que entró a la cantina pidiendo un trago porque traía la boca seca?; aquel que dijo que venía del mismito infierno; ése que dice la gente que mató a su mujer y luego se fue p' al monte, a tragar hierbas como los perros pa' limpiar su culpa, a vivir entre víboras y chapulines. Vóy a creer que no te acuerdas si chocó contigo en el mercado cuando estábamos en el puesto de don Clemente. Es más, dicen que trae tatuado al demonio en la espalda; yo digo que son habladas de la gente porque l' otro día lo vi en el río lavando su camisa prieta y no se le veía nada, nomás las costras que lo envolvían como si fueran su pellejo, pero ya sabes cómo es la gente con los fuereños, se les afigura que todos son malditos pior si tienen cara de matones, la mera verdá, yo creo que éste de quien te hablo no es más que un pobre diablo que se enamoró de la Jacinta, uno de tantos que cae en las garras de esa pollita que trae locos a todos aquí en el pueblo. Además, "el camisa prieta" ya está viejo, se le nota la marca de los años, se ve que la vida lo ha golpeado, trae los surcos del tiempo en la cara; aparte que habla como si tuviera todos los años del mundo, bueno, eso dice don Plutarco, el de la carnicería, acuérdate que trabajó con él dos semanas, dice que maneja el machete como si fuera su propia mano, que degollaba las cabras como si cortara flores; pa' mí que debe traer algo atravesado en el pecho, algo que no lo deja vivir, si no, por qué tiene la mirada como de muerto. A

lo mejor por eso no le hizo caso la Jacinta, tan altanera como es. La mera verdad, yo no creo que él haiga matado a su señora, si así fuera tú lo sabrías, pos ese fulano es tu padre ¿qué no?

Juan Rulfo

Júrame

"Júrame que nunca me olvidarás. Júrame que siempre, no importa que tan lejos nos encontremos uno del otro, vamos a estar juntos. Júrame que mis sueños serán los tuyos, que tu sombra será mi cuerpo. Júrame que nos amaremos más allá de la vida".

Al amanecer de la desesperación vista a los ojos frente a la luna, al descubrir que la vida ya no era la misma y que los años no habían pasado en vano; al ver su rostro reflejado en el espejo, misterioso enemigo del olvido, descubrió, esa mañana, que el tiempo se compone de cadavéricos momentos, todos inolvidables, algunos porque nos recuerdan los mejores instantes de una vida, otros porque nos escupen a la cara un sufrimiento indecible a la hora de juzgarnos.

"Júrame que el adiós jamás sellará nuestros corazones. Júrame que el mañana nos sorprenderá, uno en los brazos del otro. Júrame que tus besos serán mi carne, que mi cuerpo será tu templo. Júrame que tu nombre siempre será mi credo; que mis ojos serán tu luz".

Una lágrima rueda lenta por su mejilla, tantas veces acariciada por esas manos escenario de su existencia. La vida asoma sus últimos suspiros, vocifera la llegada del final. Ella no quiere escuchar las letanías que afuera las matronas cantan para despedir su alma. ¿Adónde irá? ¿En qué lugar quedará el recuerdo? ¿Qué será de las horas en que tocó el amor? El reloj sigue su camino, lleva prisa camino de la seis; ella, vestida para la ocasión, repasa toda su vida, como si muriera a pedazos, como si cada imagen que pasa por su mente fuera un jirón de ella que va al más allá.

"Júrame que nuestras heridas las curará el recuerdo, que seremos uno, siempre uno. Júrame que sembraremos en nuestro pasado el presente de nuestro futuro. Júrame que nuestro amor no se extinguirá, así pasen diez mil lunas. Júrame que mi voz será tu canción, que tu cuerpo será mi patria".

Ya no ve más. Realmente no veía desde dos meses atrás, su reflejo en la luna de las vanidades no fue más que el recuerdo de su juventud. Un recuerdo que le amargó la boca como si tuviera, ella, un escarabajo o un alacrán picándole la lengua. Se perdió el dolor que le corría, raudo, por todo el cuerpo, "maldito dolor que no me deja vivir". Se perdió el dolor físico, pero aún le dolía la soledad, le dolía la inmensa soledad que se posó en sus ojos desde el primer minuto en que el hombre de su vida le anunció su partida, cerradas las puertas del amor y medio muerto su destino.

"Júrame que cabalgaremos juntos hasta el infinito. Júrame que la muerte no cegará nuestros ojos sin vernos por última vez. Júrame que los mares nunca atraparán nuestra lágrima. Júrame que este momento no fue una ilusión".

Murió con la sonrisa en los ojos, feliz de haber amado la noche de los desengaños. La sangre le estalló en las sienes, rojos ríos cubriendo la superficie de sus ayerés. Su voz suplicante se apagó en el rosario, cruz de miradas ardiendo. El tiempo interminable siguió su marcha; veloces, los sueños tatuaron su espalda. Afuera nunca llovió. Desencantos de lunas y versos de estrella atraparon su alma, vestida de un blanco angelical tumbada en la cama. Se disolvió en las voces distantes ancladas en su corazón sordo, sin luz. Sobre su lecho la mano vacía apretó el último suspiro, helado como su vientre, incapaz de dar vida. Lo vio a lo lejos, él, desangrando el amor, detestando el olvido.

"Júrame que tu vida siempre será mi vida; que mi muerte será tu muerte. Júrame..."

Como aman las bestias

Una duda le explotó en las quijadas, júbilo de palabra encarnada sondeando en el todo. Pensó en ella, su vida, su inmortalidad transfigurada en mujer. Una ráfaga de viento lo abofeteó y lo trajo de vuelta. Dos de la tarde, sol en raya dibujando sombras desnudas. Una gota de agua tocó su paladar, luego un chorro interminable inundó su mandíbula, su cuello patibulario. Más de tres años sin verla y por fin estaba casi frente a ella, ¿seguiría tan desconocida como ayer? Su mente no respondió. El recuerdo voló entre el oleaje de camiones urbanos de la ciudad de Monterrey; mezclado con humo de cigarro y llanto de niño. Sintió que el cansancio doblaba sus piernas y tomó un panorámico; por el mismo precio disfrutó de cuatro canciones —tres colombianas y una norteña—, chistes de payaso mediocre y olor a sobaco. Dos luciérnagas verde-mar aparecieron en su sien apenas cerró los ojos, -la vida ya no es la misma- dijo. Después de dos años en Texas y uno en Colorado, su bolsa llena de dólares y su mente de recuerdos, todo envuelto en papel celofán, lo hacían sentir como resucitado. Su mano vacía apretaba un suspiro, y sus labios besaban un nombre, un nombre impronunciado hasta hacía dos meses cuando se enteró del deceso de su hermano. Recordó nítidamente aquella historia, su padre y su hermano aparecieron en la oscuridad de su pensamiento, un féretro gris y flores rojas, su madre cubierta de años, de canas, de polvo. Llanto de mujeres y rezos de matronas completaban la escena, y ella... fantasma de humo, sirena sin rostro.

Recordó la tarde en que la descubrió con su hermano, la misma tarde en que por fin se había decidido a confesarle su amor; un amor reprimido por todas las ideas que no le permitían amar a un ser inferior; un amor fatigado en las noches plagadas de volutas de humo. Recordó también cómo aquellos ojos lo cercaban a diario, desde aquel día que los vio cerrados, cubiertos de besos. No dijo nada. Prefirió guardar su derrota y tragarse su lágrima, nunca había llorado, ni había visto a su padre, ni a su abuelo derramar un sollozo, mucho menos

por una mujer, pensó ahogar su dolor en una botella de vino, pero el recuerdo lo laceraba cada instante. No pudo recordar las palabras de su madre cuando se enteró de que partía para Dallas, cuando le dijo que Jorge, su amigo, lo pasaba por cuatro mil quinientos pesos, además de él, iban ocho personas más, "no le hagas esto a mamá" le dijo Ricardo, "la vieja ya está en las últimas y una noticia como ésta la mataría", él apretó los puños conteniendo el coraje, quería como nada romperle la cara a su hermano, a su inconsciente rival, quería gritarle que amaba a Rosario, que la amaba con locura, como aman las bestias. No pudo. La lengua se le llenó de lama, empantanada, reseca.

"Me voy el lunes", no dijo más. Dos días después, en el velorio de su madre, él no recibió condolencias, recibió miradas glaciales, lacerantes, miradas que le traspasaban el pellejo. Nadie notó que no le dolía la indiferencia, le dolía su madre sí, pero sabía que más temprano que tarde iba a morir, eso lo aliviaba, lo hacía sentir menos culpable, dos bofetadas por parte de su padre le habían informado que para él estaba muerto, no había ya más hijo que Ricardo y, claro, Rosario. Se mordió los labios y calló.

Un ojo de plata vigila la noche, sólo faltan dos cuadras, dos alacranes le muerden la lengua, saliva de prostituta remendando su olvido. Voces distantes le pueblan los oídos, pero su mente piensa en ella, "La amo con locura, como aman las bestias", la retiene en su noche de incendios, se le reseca la boca, desierta de besos; grita su nombre, desgastado de tanto llamarla impronunciable. Enciende un cigarro. Humo de dioses. No siente sus piernas, sus pasos van en el aire. "Rosario". Desdibuja suspiros, labrados en tardes de vientos perdidos, mientras duermen los verbos en noches de trueno. Trepa por desiertos de nubes ardiendo, buscando los ojos de fuego, los labios que matan, "Rosario", no encuentra, busca. Espera, minutos de hielo fundiéndose a la intemperie, las dagas obscenas de pretéritas vistas.

Frente a una puerta de madera, sus nudillos tocan como si llamara a la muerte, tiembla con un temblor de ciego, un escalofrío le

baja por la nuca, le da vuelta en la cintura y brinca, brinca sobre la nube que le opaca los ojos. Una mujer abre. "Como aman las bestias".

Dos miradas perdidas en el tiempo, en el misterioso ayer de palomas-destino, implacables. El recuerdo de la muerte lo asaltó en la esquina de la luna, colgada por negras palomas en las arcas de la noche. "Las bestias". Nada. Desconoce a la mujer, tiene, él, un silencio inmortal que no le cabe en las venas. -Sí, diga-. No la reconoce. Un olor a muerte se cuelga de su cuello. Él habla pero ella no lo entiende, no lo escucha. "Como aman las bestias". Grita su nombre tras de una ventana. -La vida ya no es la misma- dice. Rezos de matrona. "Rosario". "La amo". "Las bestias".

Una ciega mirada penetra su destino. Está solo bajo la noche, indefenso, una lluvia de estrellas lo salpica con su luz. Avanza lentamente. Seis de la mañana. Sorbo de café morado de luz en su mirada. -No es la misma-. Enciende un cigarrillo y sigue su camino. "Como aman las bestias". A lo lejos un cortejo fúnebre avanza lentamente, se va. "Como las bestias".

por un silencio de vitales, la ciudad y prima. Poeta: supongo que
nube que se levanta y se levanta y se levanta y se levanta y se levanta y se levanta
recuerdo de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche
su madre cuando se enteró de que partía para Dallas, cuando le dijo
que lo iba a dejar cuando se iba a ir, cuando se iba a ir, cuando se iba a ir, cuando se iba a ir.
palomas de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche
espuma de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche
noche. Alas de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche.
como un alfiler que se queda en la noche de la noche de la noche de la noche de la noche
Un olor de noche de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche
entonces, más adelante, cuando se iba a ir, cuando se iba a ir, cuando se iba a ir, cuando se iba a ir.
tras de una ventana. -La vida ya no es la misma -dice. Razon de
"Me voy a ir", "me voy a ir", "me voy a ir", "me voy a ir", "me voy a ir", "me voy a ir".
velorio de su madre, si no recibió condenas, recibió miradas
cruces, la noche de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche
che, indolente, a la noche de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche
temprano, la noche de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche
mirando hacia la noche de la noche de la noche de la noche de la noche de la noche
"Como una tormenta que se levanta y se levanta y se levanta y se levanta y se levanta y se levanta"
Región. Se mordió los labios y calló. "Como las bestias", "me voy a ir", "me voy a ir", "me voy a ir".

Un ojo de plata vigila la noche, sólo faltan dos cuadros, dos
alacrines le muerden la lengua, saliva de prostituta remeniando su
ahído. Bocas distantes le pueblan las eselas, pero su mente piensa en
ella. "La amo con locura, como aman las bestias", la retiene en su
noche de incendios, se le reseca la boca, desierta de besos; grita su
nombre, desgastado de tanto llamarla impromunciable. Enciende un
cigarro. Humo de dioses. No siente sus piernas, sus pasos van en el
aire. "Rosario". Desdibuja suspiros, labrados en tardes de vientos
perdidos, mientras duermen los verbos en noches de trueno. Trepa por
desiertos de nubes ardiendo, buscando los ojos de fuego, los labios
que matan, "Rosario", no encuentra, busca. Espera, minutos de hielo
fundéndose a la intemperie, las daga obscenas de proterias vistas.

Fronte a una puerta de madera, sus nudillos tocan como si
lloviera a la muerte, tiembla con un temblor de ciego, un escalofrío le

Soledad

En la intensidad de la noche es más la terrible soledad,
dama de mil nombres y milenarios rostros, doncella de palabras
inexistentes, podredumbre de concisiones barnas dando hora sin
momento estrella, donde rie la poderosa sobre plagiada de luz el desolado
silencio. Arma de dos filos, compañera inseparable, mujer que
dueño con la mano en el sexo, Soledad, maldita soledad de mis amores,
dueña de mis besos, alma de mi cuerpo, eres la soledad con
llamaradas en lugar de ojos, ciega como la muerte, dulce como el
veneno de los tabios de la mujer que amo. Ave de daradas alas, de
insoportable sonido es tu voz, hablas en silencio, vacías tu cabeza en la
cara el jodido de amistad, en los rostros de los condenados a vivir
esta miseria que para muchos es el milagro infinito, pero para otros es
lo único que tenemos, lo que sirve, lo que nos guía en los tormento-
sos abris de soledades lluviosas, en los mayos ardientes de madres
desconocidas. Soledad, edad de sol, sortilegio de nigromantes, sexo
de prostituta, animal encarnado. Sobrevives gritando
me tus desvergüenzas en el silencio que me mueres soledad, por
qué sigues aquí siempre, un día, el otro, el otro, al lado de los que
siempre - ¡qué bueno! - hemos de estar solos, al lado de nuestros cuer-
pos que yacen en una cama, abigarrados de oscura soledad, llenos de
obscenos dibujos que nos plagan las manos, repletos de besos en
los labios quemados, somos la noche, somos el fuego que funde el
hierro pero estamos solos, solos, solos. ¡Ah, soledad!, qué haremos
sin ti si no es estar solos, qué haremos contigo cuando te mudes a la
cama de al lado, cuando te enfermes y acudamos a tu funeral, qué
haremos cuando ya no haya nada más que hacer. Qué oscuridad nos
aguarda tras de tu máscara, qué dulce enciación nos endulzará el oído.

Poemas